

con una lentitud tal que nunca se sabía si iban á descubrir una expresión de languidez ó de amenaza. Altiva é imperiosa, subyugaba á Francisco I embriagándole con su amor; orgullosa y celosa, le había exigido que pidiera á la condesa de Chateaubriand las joyas que la había regalado, y la hermosa y melancólica condesa, al devolverlas, había protestado contra semejante profanación, enviándoselas convertidas en lingotes. Era, además, la duquesa dúctil y disimulada, hasta el punto de fingir que no se enteraba cuando el rey, por virtud de algún capricho, se fijaba en alguna de las encantadoras jóvenes de la corte, á la cual en efecto no tardaba en abandonar para volver al cariño de su hermosa amante.

—Me corría prisa veros, Benvenuto—dijo Francisco I al artista—, pues ya hace dos meses, si no me equivoco, que habéis llegado á mi reino, y en todo este tiempo no me han dejado los asuntos públicos ocuparme en los nobles cuidados del arte. Echad la culpa á mi hermano y primo el emperador, que no me deja un momento de tranquilidad.

—Ya le escribiré, señor, si lo deseáis, y le rogaré que os permita volver á ser gran protector de las artes, toda vez que le habéis demostrado que sois gran capitán.

—¿Conocéis á Carlos V?—preguntó el rey de Navarra.

—He tenido la honra, señor, de presentarle hace cuatro años en Roma un misal hecho por mí y de dirigirle un discurso que le agradó muchísimo.

—¿Y qué os dijo el emperador?

—Que ya tenía noticias mías, por haber visto tres años antes, en la vestidura del Papa, un botón cincelado por mí, que le había gustado extraordinariamente.

—Ya veo que estáis acostumbrado á los elogios de los soberanos.

—No puedo negar que he tenido la suerte de complacer á un número considerable de cardenales, grandes duques, príncipes y reyes.

—Enseñadme alguna de vuestras obras, y así veremos si soy yo más descontentadizo que los demás.

—Señor, he tenido muy poco tiempo para trabajar; pero puedo enseñaros un jarrón y una bandeja de plata que he comenzado á cincelar y que tal vez no sean indignos de llamar vuestra atención.

Presentóle el artista ambos trabajos, y el rey los examinó durante más de cinco minutos sin decir una sola palabra. Parecía que la obra le hubiese hecho olvidar á su autor; luego, observando que las damas de su séquito se acercaban movidas de curiosidad, exclamó:

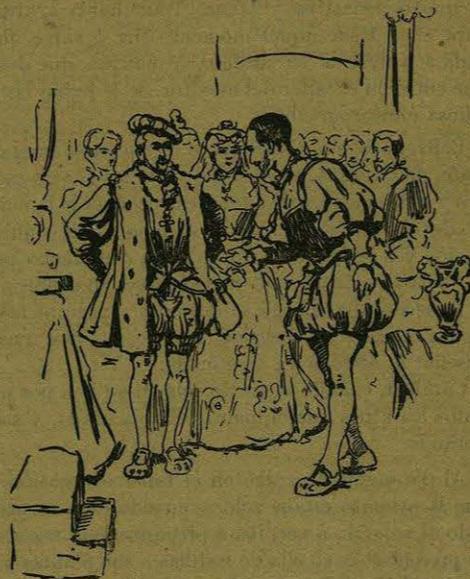
—¡Ved, señoras; ved qué maravilla! Una forma de jarrón tan nueva y tan atrevida; un modelado de tanta delicadeza, no es cosa que se pueda admirar todos los días. Admiro la belleza de estas líneas tanto como las naturales y variadas actitudes de la figuras. Fijáos en esa que levanta los brazos por encima de su cabeza; la actitud es tan natural, está interpretada con tanta verdad, que asombra que la figura no continúe el movimiento. Creo que ni los más afamados artistas antiguos han hecho nunca nada tan hermoso. Recuerdo las mejores obras de la antigüedad y las de los más célebres artistas italia-

nos, y confieso que ninguna de ellas me ha producido tanta impresión como la que estoy viendo. Mirad, señora de Navarra, mirad ese precioso niño perdido entre las flores y con un pie en el aire, y decidme si no parece vivo y si no es lindo y gracioso sobre toda ponderación.

—Señor—dijo Benvenuto—, los demás me elogiaban; vos me comprendéis.

—¿No tenéis otra cosa?

—Ved esta medalla que representa á Leda y su cisne; la hice para el cardenal Cesarini. Aquí tenéis un sello grabado en hueco que representa á San Juan y San Ambrosio, y un relicario esmaltado por mí..



Señor—dijo Benvenuto—los demás me elogiaban vos me comprendéis.

—¿También hacéis medallas?—preguntó la duquesa de Etampes.

—Como Cavadone, de Milán, señora.

—¿También esmaltáis el oro?—dijo Margarita.

—Como Amérigo, de Florencia.

—¿Grabais sellos?—interrogó Catalina.

—Como Lantizco, de Perusa. ¿Creéis, señora, que se limita mi arte á la construcción de joyas de oro ó de bandejas de plata? Sé hacer un poco de todo, gracias á Dios. Soy ingeniero militar, y como tal he sabido impedir dos veces de que Roma fuera tomada; escribo con bastante facilidad un soneto, y si vuestra majestad se digna encargarme un poema, con tal que sea en su elogio me comprometo á escribirlo como el mismo Clemente Marot. En cuanto á la música, que mi padre me enseñó á fuerza de golpes, debo decir que el procedimiento fué eficaz y que sé tocar algunos instrumentos con tal perfección, que cuando no tenía más que veinticuatro años me contrató Clemente VII en calidad de músico. Poseo más de un secreto para fabricar excelente pólvora y sé construir escopetas admirables é instrumentos de cirugía perfectos. Si vuestra majestad se viese mezclado en la guerra, también podía servirle en su ejército, pues con igual destreza manejo un arcabuz que

una culebrina. Como cazador sólo diré que he matado veinticuatro faisanes en un día, y como tirador militar, que he desembarazado al emperador del príncipe de Orange, y á vuestra majestad del condestable de Borbón, pues á lo que parece los traidores tienen desgracia conmigo.

—¿Y de qué estáis más orgulloso?—interrumpió el delfín—; ¿de haber matado veinticuatro faisanes, ó de haber privado de la vida al condestable de Borbón?

—Ni de una cosa ni de otra, monseñor. La habilidad la da Dios; yo no he hecho más que utilizar este don del cielo.

—Ignoraba que me hubiéseis prestado semejante servicio—dijo el rey—, y seguramente mi hermana Margarita no os lo perdonará. ¿Cómo fué eso?

—La cosa más sencilla del mundo. Había llegado á las puertas de Roma, de improviso, el ejército del condestable, que intentó el asalto de las murallas; yo me acerqué allí con algunos amigos, para ver lo que pasaba. Al salir de casa me había echado al hombro maquinalmente mi arcabuz. Cuando llegué á las murallas vi que nada había que hacer, y como no quería haberme molestado inútilmente, armé el arcabuz, apunte á un grupo de combatientes muy numeroso y disparé contra uno de ellos que era mucho más alto que todos los demás. Le vi caer y observé que en el acto se producía un gran tumulto entre las tropas sitiadoras: el muerto era el condestable.

Mientras Benvenuto hacía este relato con perfecta despreocupación, el círculo que damas y señores formaban á su alrededor se había ensanchado; todos contemplaban con respeto y casi con temor al héroe sin saberlo; al lado de Cellini permanecía sólo Francisco I.

—Ya veo, amigo mío, que antes de consagrarme vuestro genio me habíais servido con vuestro valor.

—Señor—replicó Benvenuto—, creo que he nacido para servirlos; en ello me ha hecho pensar siempre una aventura que tuve cuando aún era muy niño. En vuestro escudo figura una salamandra, ¿no es así?

—Así es: una salamandra con la inscripción: *Nutrisco et extinguo*.

—Pues bien, yo tenía cinco años y estaba una vez con mi padre en una habitación en donde se había hecho leña y quedaba aún buena lumbre. Mirando hacia las llamas vi á un animalito parecido á un lagarto y que aparentaba estar muy á gusto en el centro de la hoguera. Se lo enseñé á mi padre, y éste (dispensadme que os refiera este detalle familiar de las costumbres algo brutales de mi país) me dió una bofetada y me dijo cariñosamente: «No te pego porque hayas hecho nado malo, sino para que te acuerdes de que ese animalito que has visto en el fuego es una salamandra. Nadie ha visto ese animal antes que tú.» ¿No era ésta, señor, una profecía del destino? Yo creo en las predestinaciones é iba á marcharme á Inglaterra, cuando tenía veinte años, en compañía del cincelador Toreggiano, pero éste me contó que siendo joven y por una disputa de taller había abofeteado á Miguel Angel. Allí se acabó todo; ni por una corona de príncipe hubiese querido yo acompañar á quien había tenido el atrevimiento

de pegar en el rostro al gran Miguel Angel. Me quedé en Italia, y desde allí, en vez de irme á Inglaterra, vine á Francia.

—Y Francia, orgullosa de que la hayáis preferido, procurará que no echéis de menos á vuestra patria.

—Mi patria es el arte, y mi rey el que me haga cincelar mi mejor obra.

—¿Tenéis ahora en proyecto algún trabajo de importancia?

—Sí, señor, un Santo Cristo. No un Cristo crucificado, sino en su gloria y en su luz, y procuraré reproducir lo más exactamente que pueda la belleza de la imagen tal y como se me apareció.

—¿Qué! ¿no sólo habéis visto á los reyes de la tierra sino también al del cielo?—dijo la escéptica Margarita sonriéndose.

—Sí, señora—contestó Benvenuto con una naturalidad extraordinaria.

—Contadnos cómo fué eso.

—Con mucho gusto, señora. Algún tiempo antes había visto á Satanás y á todas las legiones del infierno, que un nigromántico amigo mío había evocado ante mí en el Coloseo, y de cuya presencia nos costó mucho trabajo desembarazarnos; pero el terrible recuerdo de aquellas visiones infernales desapareció para siempre de mi imaginación cuando, á consecuencia de una oración ferviente, se me apareció para consolarme de las penalidades de mi prisión el divino Salvador del género humano, en el centro del sol y coronado por sus rayos.

—¿Estáis seguro, absolutamente seguro de que se os haya aparecido el mismo Jesucristo?—preguntó la reina de Navarra.

—No tengo la menor duda, señora.

—Entonces, Benvenuto, hacednos un Cristo para nuestra capilla—dijo Francisco I.

—Señor, os agradecería que me encargárais cualquier otra cosa.

—¿Por qué?

—He prometido á Dios no hacer ese trabajo para otro soberano que él.

—Está bien; entonces me haréis doce candelabros para mi comedor.

—Eso es otra cosa; y procuraré complaceros.

—Deseo que cada candelabro sea una estatua de plata.

—Serán magníficos.

—Esas estatuas representarán seis dioses y seis diosas y tendrán exactamente mi estatura.

—La tendrán, señor.

—Lo que encargáis—dijo la duquesa de Etampes— es una maravilla asombrosa; ¿verdad, señor Benvenuto?

—A mí no me asombra nada, señora.

Cellini dijo esto tranquilamente, mirando á la duquesa, la cual no tuvo más remedio que bajar la vista ante la energía de la mirada del orfebre y experimentó un sordo resentimiento contra él por aquella superioridad que se veía obligada á reconocer sin poder explicársela, pues hasta entonces había creído que la primera potencia del mundo era la belleza, sin pensar en el genio.

—¿Qué tesoros—dijo con amargura— bastarían para pagar un talento como el vuestro?

—No los míos ciertamente—replicó Francisco I—. Y á propósito, Benvenuto, ahora recuerdo que solo habéis cobrado quinientos escudos de oro á vuestra llegada. ¿Os parecerá suficiente el sueldo que daba á mi pintor Leonardo de Vinci, es decir, setecientos escudos de oro por año? Os pagaré aparte los trabajos que me hagáis.

—Esas proposiciones, señor, son dignas de un rey como Francisco I, y me atreveré á decir que de un artista como Cellini. Todavía sin embargo, tendré el atrevimiento de hacer una petición á vuestra majestad.

—La tenéis concedida de antemano.

—Señor, me encuentro mal instalado en esta casa para trabajar. Uno de mis discípulos ha encontrado otro sitio mejor que este, y en él podría hacer, en mejores condiciones, los trabajos que vuestra majestad tuviera á bien encomendarme. Es el palacio de Nesle, que pertenece á vuestra majestad y está á disposición del proboste de París, que no lo ocupa; solo habita el palacete, que yo le cedería de muy buena voluntad.

—Está dicho, Benvenuto. Instalaos en el palacio de Nesle, y así sólo tendré que atravesar el Sena cuando quiera ir á veros.

—¿Cómo, señor!—interrumpió la duquesa de Etampes—, ¿vais á privar así, sin motivo alguno, de lo que pertenece á un noble protegido mío?

Benvenuto la miró, y por segunda vez bajó Ana los ojos ante aquella mirada fija y penetrante. Cellini continuó con la misma naturalidad que cuando hablaba de sus apariciones:

—También yo soy noble, señora; mi familia descende de un primer capitán de Julio César llamado Florino, que era de Cellini, cerca de Montefiacone, y que dió su nombre á Florencia; en tanto que ni nuestro protegido ni sus antepasados, que yo sepa, han dado su nombre á nada. Sin embargo—continuó Benvenuto dirigiéndose á Francisco I y modificando al mismo tiempo la expresión de su mirada y el acento de su voz—, tal vez me he arriesgado mucho y excite contra mí el odio de algún poderoso, que á pesar de la protección de vuestra majestad consiga anonadarme. Según me han dicho, el preboste de París tiene un verdadero ejército á sus órdenes.

—Me han contado—dijo el rey interrumpiéndole— que una vez en Roma, un orfebre llamado Cellini, retuvo un jarrón de plata que le había encargado monseñor Farnesio, que entonces era cardenal y hoy es Papa, negándose á entregarlo porque no había sido pagado.

—Es cierto; señor.

—Me dijeron también que todos los servidores del cardenal fueron espada en mano á poner sitio á la tienda del orfebre para llevarse el jarrón á viva fuerza.

—También es cierto.

—Y que Cellini, emboscado detrás de la puerta y armado con una escopeta, se defendió valerosamente haciendo huir á los servidores del cardenal, que al día siguiente le pagó lo que le debía.

—Todo eso es la pura verdad.

—¿No sois vos ese Cellini de quien hablo?

—Sí lo soy, y si vuestra majestad me concede su

protección no habrá nada que pueda atemorizarme.

—Seguid, pues, vuestro camino, puesto que sois noble.

La duquesa de Etampes permaneció callada pero desde aquel momento juró á Benvenuto un odio á muerte, un odio de mujer ofendida.

—Señor, aún tengo que pedir os un favor más—dijo Cellini—. No puedo presentaros á todos mis obreros, que son diez entre franceses y alemanes, pero aquí tenéis á los dos discípulos que he traído de Italia: Pagolo y Ascanio. Acercaos, Pagolo, y levanted la vista sin desearo, pero como un hombre que de nada tiene que avergonzarse. Este joven tiene poca imaginación y poco entusiasmo para el trabajo, pero es un artista concienzudo que trabaja despacio y bien, que comprende perfectamente mis ideas y las ejecuta con fidelidad. He aquí á Ascanio, mi discípulo preferido. Este no posee el vigor de creación necesario para representar en un bajo relieve dos ejércitos luchando ó para fijar con energía en los bordes de un jarrón las garras de un león ó los dientes de un tigre; no tiene tampoco la fantasía original que inventa monstruosas quimeras y dragones fantásticos; pero su alma, semejante á su cuerpo, tiene el instinto de un ideal que puede calificarse de divino. Pedidle que esculpa un ángel ó que modele un grupo de ninfas, y nadie superará su exquisita poesía y su gracia extraordinaria. Con Pagolo tengo cuatro brazos; con Ascanio tengo dos almas; además éste me quiere de veras, y yo me considero feliz al tener á mi lado un corazón tan abnegado como el suyo.

Mientras el maestro hablaba, Ascanio permanecía á su lado de pie, en actitud modesta pero tranquila, y la duquesa de Etampes no podía separar su mirada del encantador joven italiano de ojos y cabellos negros, que parecía una copia viviente de la estatua de Apolino.

—Si Ascanio tiene tanto talento para reproducir figuras graciosas y no encuentra inconveniente en ir á mi palacio, le entregaré oro y piedras preciosas en cantidad suficiente para que me cincele alguna flor delicada.

Ascanio hizo una reverencia y dió las gracias á la duquesa con la mirada.

—Pues yo—dijo el rey—, le asigno, lo mismo que á Pagolo, un sueldo de cien escudos de oro por año.

—Y yo me encargo de que ganen honradamente ese sueldo—dijo Cellini.

—¿Quién es esa preciosa joven que se oculta en aquel rincón?—dijo Francisco I, que acababa de ver á Scozzone.

—No os ocupéis de ella, señor—respondió Benvenuto frunciendo el ceño—; es la única de las preciosidades de este taller en que me desagrada que se fijen los que lo visitan.

—¿Sois celoso maese Benvenuto?

—Señor, no me gusta que nadie atente á mi felicidad. Sin que pretenda hacer una comparación, os diré que creo que si alguien se atreviese á pensar en la duquesa de Etampes os enfureceríais; pues bien, Scozzone es mi duquesa de Etampes, señor.

La duquesa, que contemplaba á Ascanio, vióse interrumpida en su contemplación por estas pala-

bras y se mordió los labios. Muchos de los cortesanos se sonrieron sin poderlo remediar y todas las damas cuchichearon. El rey se rió francamente.

—Estais en vuestro derecho en ser celoso—dijo—, y de artista á rey nos comprendemos. Adiós, amigo mío, os recomiendo con interés mis estatuas; empezareis por Júpiter, naturalmente, y cuando tengais hecho el modelo me lo enseñareis. Adiós, y que tengais buena suerte en el palacio de Nesle.

—Con mucho gusto iré á enseñaros el modelo de Júpiter; pero ¿como haré para entrar en el Louvre?

—Haré que den vuestro nombre en todas las puertas, y ordenaré que apenas os presentéis os acompañen á donde yo me encuentre.

Cellini hizo una reverencia y seguido de Pagolo y de Ascanio escoltó al rey y á su corte hasta la puerta de la calle, al llegar á la cual se arrodilló y besó la mano de Francisco I.

—Señor—le dijo—, por mediación de monseñor Montluc me habéis salvado del cautiverio y tal vez de la muerte: luego me habéis colmado de riquezas, habéis honrado con vuestra presencia mi pobre taller; pero lo que sobrepuja á todo esto, lo que hace que yo no sepa cómo daros las gracias, es el hecho de que os anticipéis tan magníficamente á todas mis aspiraciones. Habitualmente trabajamos los artistas para un conjunto de inteligentes diseminados al través de los siglos; yo he tenido la suerte de encontrar en vida el mejor juez de mis obras. Hasta la fecha he trabajado para lo porvenir; permitidme ahora que me llame orfebre de vuestra majestad.

—Mi orfebre, mi artista y mi amigo, Benvenuto, si este título no os agrada menos que los otros. Adiós, ó mejor dicho, hasta la vista.

Innecesario es decir que todos los príncipes y grandes señores que figuraban en el séquito, con la única excepción de la duquesa de Etampes, prodigaron á Benvenuto toda clase de elogios y manifestaciones amistosas.

Cuando se hubieron ido todos y Benvenuto se quedó solo con sus discípulos en el patio, éstos le dieron las gracias; Ascanio con efusión, Pagolo trabajosamente.

—No me lo agradezcáis; no vale la pena. Pero si creéis que en algo me estáis obligados, deseo, ya que se ha presentado ocasión de que hablemos en este sentido, pedir os un favor; algo que me interesa en lo más íntimo de mi corazón. Habéis oído lo que le dije al rey respecto á Catalina; esta mujer es necesaria para mi vida de artista, puesto que tan voluntariamente se presta á servirme de modelo, y para mi vida de hombre porque estoy convencido de que me ama. Pues bien, os lo suplico: aunque ella sea muy hermosa y vosotros seais tan jóvenes como ella, no os atreváis á pensar en Catalina; hay otras muchas mujeres bonitas en el mundo, y si intentárais enamorarla me desgarraríais el corazón. No faltéis á vuestra amistad deseando á Scozzone, y vigiladla en mi ausencia y aconsejadla como buenos hermanos. Me conozco muy bien, y juro que si supiera que me engañaba la mataría y mataría á su cómplice.

—Os respeto como á mi maestro—dijo Ascanio—

y os quiero como si fuérais mi padre; podeis estar tranquilo.

—¡Dios me libre—exclamó Pagolo—de pensar en semejante infamia! Sé que os lo debo todo, y sería un crimen abominable abusar de la santa confianza de que nos dais pruebas, correspondiendo á vuestras bondades con tan cobarde perfidia.

—Gracias, amigos míos—dijo Benvenuto estrechándoles las manos—; estoy satisfecho y tengo confianza en vosotros. Ahora, Pagolo, vuelve á tu trabajo, porque he prometido para mañana al señor de Villeroy el sello que estás grabando; Ascanio y yo vamos á visitar la nueva casa que el rey acaba de regalarnos, y de la cual tomaremos posesión el domingo, de grado ó por fuerza.

Luego se volvió hacia Ascanio y le dijo:

—Vamos, Ascanio, vamos á ver si ese famoso palacio de Nesle que tan conveniente te ha parecido por fuera, está por dentro á la altura de su reputación.

Y antes que Ascanio tuviera tiempo de contestarle echó una mirada por el taller para convencerse de que todo estaba en su sitio; acarició las mejillas de Scozzone, y tomando el brazo de su discípulo salió con éste á la calle.

VI

UTILIDAD DE LAS DUEÑAS

Apenas habían dado diez pasos por la calle cuando se encontraron con un hombre de unos cincuenta años, de baja estatura y de facciones finas y expresivas.

—Iba á veros, Benvenuto—dijo aquel hombre, á quien Ascanio saludó con muestras de respeto rayano en la veneración y á quien Benvenuto estrechó la mano cordialmente.

—¿Era para algún asunto de importancia, querido Francesco?—preguntó el orfebre—. Si es así me volveré con vos á casa; pero si era solo por verme, venid conmigo.

—Era para daros un consejo, Benvenuto.

—Ya os oigo. Siempre se recibe con gusto un consejo cuando lo da un buen amigo.

—Lo que tengo que deciros no lo puede oír nadie más que vos.

—Este joven que me acompaña es como si fuera yo mismo. Podéis hablar delante de él.

—Ya lo hubiera hecho si creyese que debía hacerlo.

Ascanio se separó á un lado discretamente.

—Vete solo, Ascanio—dijo Benvenuto—. Lo que tú veas será como si yo lo hubiera visto. Fíjate bien en todos los detalles; ve si el taller tendrá buena luz, si el patio es á propósito para instalar la fundición y si podremos separar nuestro laboratorio del de los aprendices. No te olvides de ver el juego de pelota.

Benvenuto cogió el brazo de su interlocutor; se despidió de Ascanio con un ademán, y regresó al taller dejando al joven solo en la calle de San Martín.

El encargo que acababa de darle su maestro preocupaba á Ascanio hondamente. Verdad es que también estuvo preocupado cuando Benvenuto le pro-

puso que le acompañara á hacer la visita al palacio de Nesle.

Y había motivo para que así sucediera. Ascanio, que durante dos domingos había visto á Colomba sin atreverse á seguirla, y que el tercer domingo la había seguido sin atreverse á hablarla, tenía que presentarse en su casa para visitar el palacio, que Benvenuto se proponía ocupar el domingo siguiente, de grado ó por fuerza, arrebatándose al padre de Colomba. La situación hubiera sido violenta para cualquiera; forzosamente había de serlo mucho más para un enamorado.

Por fortuna, desde la calle de San Martín al palacio de Nesle había gran distancia; si no hubiese habido más que dos pasos, Ascanio no los hubiera dado; pero como había cerca de media legua echó á andar.

Nada familiariza con el peligro tanto como el tiempo ó la distancia que de él separan. Para todos los espíritus fuertes la reflexión es un auxiliar poderoso, como para todas las personas sinceras. Ascanio era de estas últimas; todas las sensaciones eran en él francas y se manifestaban francamente: la alegría con la risa, el dolor con las lágrimas. El fingimiento era casi desconocido para Ascanio en la vida como en el arte y no se avergonzaba de confesar que era feliz cuando lo era.

En la preocupación de Ascanio se mezclaba algo de felicidad, pues había pensado que no podría ver á Colomba hasta el domingo siguiente, é iba á verla en seguida; ganaba, pues, seis días, y seis días de espera para un enamorado equivalen á seis siglos.

Conforme iba acercándose, le parecía su misión la cosa más fácil del mundo; cierto que era él quien había aconsejado á Benvenuto que pidiese al rey el palacio de Nesle para convertirlo en taller: pero ¿podría reprochárselo acaso Colomba, teniendo en cuenta que sólo le había guiado el deseo de acercarse á ella? La instalación del orfebre florentino en el antiguo palacio de Amaury solo podría verificarse con perjuicio para el padre de Colomba, que consideraba aquella mansión como suya; pero ¿podía afirmarse que fuera este perjuicio real y efectivo desde el momento en que Roberto de Estourville no habitaba la finca? Por otra parte, Benvenuto tenía mil medios de compensarle; un jarrón regalado al preboste, un collar para su hija (collar de cuya ejecución se encargaría Ascanio), podían y debían bastar en aquella época en que imperaba el arte, para resolver muchas dificultades. Ascanio había visto á grandes duques, reyes y papas decididos á vender su corona, su cetro ó su tiara para comprar una de aquellas maravillosas alhajas que salían de las manos de su maestro. Suponiendo que las cosas se arreglaran así, el preboste sería, en fin de cuentas, el que resultara deudor á Benvenuto, porque Benvenuto era tan generoso, que si Roberto de Estourville se conducía amablemente, Ascanio estaba seguro de que Cellini correspondería con esplendidez.

Cuando llegó á la esquina de la calle de San Martín, Ascanio, á fuerza de pensar así, se consideraba como un mensajero de paz enviado por el Supremo Hacedor para mantener la armonía entre dos potencias.

Sin embargo de esta convicción (los enamorados tienen muchas rarezas), prefirió ir por el camino más largo, y en vez de atravesar el Sena embarcado, subió por los muelles y pasó al otro lado del río por el puente de los Molinos. Tal vez lo hacía por ser éste el camino que había recorrido la víspera, siguiendo á Colomba.

Fuere la que quisiera la razón que le había impulsado á dar este rodeo, al cabo de veinte minutos llegó al palacio de Nesle. Y una vez allí, cuando contempló la puertecilla ojival que tenía que atravesar; cuando vió el palacete gótico que elevaba sus atrevidas torres sobre el muro; cuando pensó que detrás de aquellas celosías, entornadas por causa del calor, estaba su adorada Colomba, todo aquel castillo de sus ensueños, edificado mientras caminaba, se desvaneció como esos fantásticos palacios cuyas formas fingen á veces las nubes y que el viento borra de un soplo. Se encontró cara á cara con la realidad, y la realidad no le parecía muy tranquilizadora.

Después de una pausa de unos minutos, pausa tanto más inexplicable cuanto que se encontraba solo en el muelle, comprendió Ascanio que no tenía más remedio que decidirse, y como no podía decidirse más que á entrar en el palacio, avanzó hasta el umbral de la puerta y levantó el aldabón. Dios sabe cuánto hubiera tardado en dejarlo caer, si en aquel momento no se hubiese presentado inopinadamente ante él, abriendo la puerta, un criado de unos treinta años de edad, cuyo aspecto denotaba una mezcla de labrador y de lacayo. Era el jardinero del señor de Estourville.

Al encontrarse frente á frente Ascanio y el jardinero retrocedieron ambos.

—¿Qué deseáis?—preguntó el jardinero.—¿A quién buscáis?

Ascanio no tenía más remedio que contestar, y armándose de todo su valor dijo resueltamente:

—Deseo visitar el palacio.

—¿Cómo! ¿Visitar el palacio?—exclamó el jardinero estupefacto.—¿Por encargo de quién?

—Por encargo del rey.

—¿Por encargo del rey? ¿Acaso quiere su majestad echarnos de aquí?

—¿Por encargo del rey!—repitió Ascanio.

—¿Pero qué se propone?

—Ya comprenderéis que no tengo que daros explicación alguna—replicó Ascanio con un plomo que le dejó á él mismo muy satisfecho.

—Tenéis razón. ¿A quién deseáis ver?

—¿No está el señor preboste?—preguntó Ascanio, que sabía perfectamente que el preboste no vivía allí.

—No, señor. Está en el Chatelet.

—¿Quién le representa en su ausencia?

—Su hija, la señorita Colomba.

Ascanio se ruborizó sin poderlo remediar.

—Además—continuó el jardinero—, está la señora Perrine. ¿Queréis hablar con la señora Perrine ó con la señorita Colomba?

La pregunta no podía ser más sencilla, pero sin embargo produjo gran confusión en el alma de Ascanio. Abrió la boca para decir que era á la señorita Colomba á quien quería ver, y como si estas atre-

vidas palabras se hubiesen negado á salir de sus labios, preguntó por la señora Perrine, sin darse cuenta de lo que decía.

El jardinero, que no advirtió lo que acababa de ocurrirle á su interlocutor, inclinó la cabeza en señal de obediencia y echó á andar, atravesando el patio, seguido por Ascanio. Pasaron otro patio, luego atravesaron otra puerta y un jardincito, subieron una escalinata, y después de recorrer una galería larga, el jardinero abrió una puerta y dijo:

—Señora Perrine, aquí hay un joven que desea visitar el palacio por encargo del rey.

Apartóse á un lado y dejó pasar á Ascanio, que se presentó en el dintel de la puerta. Pero apenas estuvo allí le fué preciso apoyarse en la pared, por que se le había nublado la vista; ocurría algo muy lógico y que, sin embargo, él no había previsto: Colomba estaba con la señora Perrine. Esta, con una rueca en la mano, hilaba; Colomba tenía delante un bastidor y bordaba. Ambas levantaron la cabeza al mismo tiempo y miraron hacia la puerta. Colomba reconoció en seguida á Ascanio; le esperaba, aunque su razón le decía que no era posible que fuera á verla. El, cuando vió que se fijaban en los suyos aquellos ojos de dulzura infinita, creyó que iba á morir. Y era que había previsto mil dificultades que había imaginado que tendría que luchar con mil obstáculos para llegar á presencia de su amada, y estos obstáculos le animaban y estas dificultades le hacían más valeroso; pero todo había ocurrido sencillamente, como si Dios, conmovido por la pureza de su amor, lo bendijera y le protegiese. Ascanio se encontraba ante su amada cuando menos lo esperaba, y aunque había preparado un elocuente discurso para conmovérsela, no acertaba á decir una sola frase, una sola palabra, una sola sílaba.

Colomba, por su parte, permanecía inmóvil y muda. Aquellas dos existencias jóvenes y puras, que parecían enlazadas de antemano en el cielo, comprendieron que se pertenecían y que una vez reunidas debían confundirse, como las de Salmacis y Hermafrodita, para no formar más que una, y asustadas por aquel primer encuentro temblaban, vacilaban y no sabían encontrar palabras que decirse.

Fué la señora Perrine quien, levantándose á medias de su silla y dejando á un lado la rueca con que trabajaba, rompió el silencio.

—¿Qué dice ese zafio de Raimbault?—exclamó la dueña.—¿Habéis oído, Colomba?—Luego, viendo que Colomba no la contestaba, se acercó á Ascanio y le dijo:—¿Qué deseáis? Pero ¡Dios me perdone!—exclamó reconociendo á aquél á quien hablaba.—Este joven es el mismo que tan amablemente me daba agua bendita estos tres últimos domingos. ¿En qué puedo servirlos?

—Desearía hablarlos—balbució Ascanio.

—¿A mí sola?

—A vos sola.

Al contestar así, Ascanio consideraba que cometía una necedad.

—Entonces venid conmigo, joven, venid—dijo la señora Perrine, abriendo una puerta lateral.

Ascanio la siguió, pero al echar á andar dirigió á Co-

lomba una de esas intensas miradas con las cuales saben decir tantas cosas los enamorados y que, por prolijas é ininteligibles que sean para los indiferentes, son siempre comprendidas por la persona á quien se dirigen. Indudablemente Colomba no dejó de entender una sola palabra de su significación, porque al encontrarse sus ojos con los del joven, sin que ella supiera cómo había ocurrido aquello, se ruborizó y bajó la vista hacia su labor; Ascanio, que lo había advertido, se detuvo de repente, y dió un paso hacia Colomba; pero la señora Perrine, que se había vuelto, le llamó otra vez y él tuvo que seguirla. Apenas hubo desaparecido, Colomba soltó la aguja, dejó caer los brazos, echó hacia atrás la cabeza, y dió un hondo



Fué la señora Perrine quien, levantándose á medias de su silla...

suspiro en el cual se mezclaban, por uno de esos inexplicables misterios del corazón, el sentimiento de ver que Ascanio se alejaba y la satisfacción de no tenerle presente.

El estaba malhumorado, muy malhumorado contra Benvenuto, que le había encargado de aquella misión; contra sí mismo, por no haber sabido aprovechar la oportunidad, y contra la señora Perrine porque le obligaba á salir de aquella estancia en el preciso momento en que los ojos de Colomba parecían rogarle que se quedara. Así fué que cuando, al encontrarse sola con él, le preguntó la dueña el motivo de su visita, la respondió con el deliberado propósito de vengar en ella su propia torpeza.

—El objeto de mi visita, querida señora, es rogaros que me enseñéis el palacio de Nesle.

—¿Enseñaros el palacio! ¿Para qué?

—Para ver si nos conviene; si estaremos bien en él, y si vale la pena de que nos molestemos en mudarnos.

—¿Cómo mudaros? ¿Se lo habéis alquilado al señor preboste?

—No; nos lo ha dado su majestad.

—¿A vos?

—A mí no; á mi maestro.

—¿Y quién es vuestro maestro, si puede saberse sin indiscreción?

—Un gran artista que ha venido expresamente de Florencia para servir á su majestad cristianísima.

—No lo entiendo bien; ¿Qué hace vuestro maestro?

—Lo hace todo: sortijas para las damiselas, aguamaniles para los reyes, estatuas para las iglesias, y en los ratos perdidos sitia ó defiende las ciudades, según le da el capricho por atemorizar ó proteger á un emperador ó á un papa.



Los bravucones custodios desenvainaron sus espadas y formaron círculo alrededor de Pompeyo.

—¡Jesús, Dios mío! ¿Y cómo se llama vuestro maestro?

—Benvenuto Cellini.

—Es raro; nunca he oído ese nombre. ¿Y qué hace?

—Es orfebre.

La señora Perrine miró á Ascanio con ojos de asombro.

—¡Orfebre! ¿Y creéis que el señor preboste cederá su palacio á un... orfebre?

—Si no nos lo cede se lo quitaremos.

—¿A la fuerza?

—Eso es.

—Pero vuestro maestro no se atreverá á luchar contra el señor preboste...

—¿Por qué no? Ya ha luchado con tres duques y dos papas.

—¡Con dos papas! ¿Es algún hereje?

—Es católico como vos y como yo, señora Perrine, tranquilizáos; no tenemos trato con Satanás;

pero si el diablo no está de nuestra parte, lo está el rey.

—No importa; el señor preboste tiene un apoyo más eficaz.

—¿Cual?

—La duquesa de Etampes.

—Entonces la partida es igual.

—¿Y si el señor preboste se niega?

—Mi maestro Benvenuto le obligará.

—¿Y si el señor de Estourville se encierra aquí como en una fortaleza?

decir que en las ciudades tomadas por asalto ocurren cosas terribles.

—Tranquilizáos, señora Perrine, seremos unos vencedores elementales.

—Lo que quiero decir, amable joven—respondió Perrine—, es que tengo miedo de que haya derramamiento de sangre; pues en cuanto á vuestra vecindad no podía menos de serme agradable, porque estamos demasiado solas en este maldito desierto en donde nos ha enclaustrado, como á dos monjas, el señor de Estourville, á su hija y á mí, y eso que ninguna de las dos hemos hecho votos de ninguna clase, á Dios gracias. La Sagrada Escritura dice que no es bueno que los hombres estén solos, y al decir los hombres se sobrentiende las mujeres; ¿no os parece, amable joven?

—Sí que me lo parece.

—Nosotras estamos demasiado solas, y por consiguiente demasiado tristes en esta inmensa mansión.

—¿No recibis ninguna visita?

—Estamos peor que las monjas, amigo mío. Las monjas, por lo menos, tienen familia, tienen amigos que van á verlas; tienen un refectorio donde se reúnen, donde hablan; no es una gran diversión, lo sé, pero algo es algo. Nosotras no tenemos más visitas que las del señor preboste, que viene de cuando en cuando para regañar á su hija porque está cada día más bonita, y para regañarme á mí porque no vigilo á Colomba con demasiada severidad. ¡Pobrecilla, y no vé á nadie más que á mí ni abre la boca más que para rozar! Por esto os ruego que no digáis á nadie que habéis estado en el palacio de Nesle ni que habéis venido luego al palacete para hablar con nosotras.

—¿Cómo! ¿Voy á volver al palacete...?—Ascanio se detuvo al comprender que iba á manifestar demasiada alegría.

—Me parece que no sería correcto, después de haberos presentado á la señorita Colomba, que en ausencia de su padre es la dueña de la casa, y de haber solicitado hablar conmigo, que os marchárais sin despediros. Después de todo, si no os agrada volver á verla, podéis marcharos directamente desde aquí.

—No, no. Soy un hombre educado como el que mejor lo esté y me gusta proceder correctamente con las damas. Visitemos, pues, el palacio sin perder momento, porque tengo muchísima prisa.

Desde que Ascanio supo que iba á volver al palacete, estaba impaciente por terminar su visita al palacio. Y como Perrine tenía miedo de que la sorprendiera el preboste, no quiso aplazar más tiempo la visita, y tomando un manajo de llaves echó á andar delante del joven.

Recorramos con Ascanio el palacio de Nesle, donde van á desarrollarse las principales escenas de la presente historia.

Ocupaba el edificio, en la orilla izquierda del Sena, el lugar donde luego se construyó el palacio de Nevers y más tarde la Casa de la Moneda y el Instituto. Era la última casa de París por el Sudoeste, porque del lado de allá de las murallas ya no había más que el foso de la ciudad y el *Pré-aux-Clercs*. Amaury, señor de Nesle, en Picardía, lo había hecho cons-

truir á fines del siglo VIII. Felipe el Hermoso se lo compró en 1308 y lo convirtió en palacio real. En 1520 fué separada de él la torre de Nesle, de sangrienta memoria, para formar el muelle, el puente sobre el foso y la puerta de Nesle, de modo que la sombría torre había quedado aislada y triste como una pecadora que hiciese penitencia en la orilla del río. Pero el palacio de Nesle era bastante grande para que no se notara esta supresión. Lo defendían, por la parte del muelle, una muralla alta en la que se abrían una ancha puerta ojival y una puerta pequeña de servicio. Al entrar, se veía en primer término un vasto patio con una puerta á la izquierda y otra al fondo. Entrando, como lo había hecho Ascanio, por la puerta de la izquierda, se encontraba un lindo edificio de estilo gótico del siglo XIV, que era el palacete, con su jardín independiente á Mediodía. Si se entraba por la puerta del fondo, se veía á la izquierda el palacio principal, construido todo de piedra, flanqueado por dos torrecillas de techos agudos y bordeadas de balaustradas; la fachada era angulosa, y las ventanas altas y con vidrieras de colores. Siguiendo adelante, se atravesaban espaciosos jardines en los cuales había un juego de pelota, un campo para el juego de la sortija, una fundición, un arsenal, y más adelante los corrales, los establos y las cuadras. Todo ello estaba muy descuidado, pues Raimbault y sus dos ayudantes apenas si bastaban para cuidar el jardín del palacete, donde Colomba cultivaba flores, y Perrine plantaba hortalizas. Pero todo era vasto, con muy buena luz, sólidamente construido, y podía convertirse con poco trabajo y poco gasto en el mejor taller del mundo.

Aunque no hubiese reunido tan buenas circunstancias, á Ascanio le hubiera parecido inmejorable, porque lo principal para él era estar cerca de Colomba.

La visita fué muy breve; Ascanio lo vió todo rápidamente, tanto, que la señora Perrine tuvo que renunciar á acompañarle y le entregó el manajo de llaves que Ascanio le devolvió fielmente á su regreso diciéndola:

—Ahora estoy á vuestras órdenes, señora.

—Entonces, puesto que estamos de acuerdo, volvamos al palacete.

—Hacer otra cosa sería una incorrección.

—Os recomiendo que no digáis á Colomba el motivo de vuestra visita.

—Pues si no se lo digo, ¿de qué la voy á hablar?

—¡Vaya un inconveniente! ¿No decís que sois orfebre?

—Y es exacto.

—Pues habládla de alhajas, que es una conversación que siempre agrada á las mujeres, por modestas que sean. Por algo somos hijas de Eva, y por que lo somos nos gusta todo lo que brilla. Además, la pobre criatura tiene tan pocas distracciones, que es una obra de caridad proporcionarle algún entretenimiento. Verdad es que lo que más le convendría sería un buen matrimonio, y por eso no viene á casa su padre sin que yo le diga:—Casadla, casadla pronto.

Sin advertir que la confesión de esta familiaridad podría dar lugar á sospechas acerca del género de sus relaciones con el preboste, Perrine, seguida de

Ascanio, entró en la sala donde había quedado sola Colomba.

Esta permanecía en actitud pensativa y melancólica, en la misma actitud en que la dejamos cuando la dueña salió con el enamorado visitante, y que sólo se había modificado con frecuentes movimientos de cabeza al levantarla para mirar hacia la puerta por donde había salido Ascanio. Tan repetidas fueron estas miradas, que cualquiera hubiese podido creer que Colomba esperaba impacientemente el regreso del joven. Pero en cuanto vió que la puerta giraba sobre sus goznes, volvió á su trabajo, fingiendo tal atención, que ni la señora Perrine ni Ascanio pudieron sospechar que le hubiese interrumpido.

¿Cómo había adivinado la inocente niña que su adorador llegaba detrás de la dueña? Sólo el magnetismo, si hubiese sido inventado en aquella época, hubiera podido explicarlo.

—Vuelvo á traerlos al que nos daba el agua bendita, querida Colomba (porque es el mismo, no me equivocaba al reconocerlo). Iba á separarme de él en la puerta principal del palacio, cuando me hizo observar que no se había despedido de vos, y tenía razón, porque no cambiásteis antes ni una sola palabra, y eso que ninguno de los dos sois mudos, gracias á Dios.

—¡Señora Perrine!...—interrumpió Colomba, con fusa.

—No hay por qué avergonzarse. El señor Ascanio es un joven muy amable, como vos sois una señorita muy digna. Además él es un artista muy hábil para construir alhajas de esas que tanto gustan á las mujeres. Ya volverá para enseñaros alguna, si os parece bien.

—Yo no necesito nada de eso—murmuró Colomba.

—Ahora es posible que no lo necesitéis, pero hay que confiar en que no habéis de estar siempre reclusa en este maldito retiro. Tenéis diez y seis años, Colomba, y día llegará en que seáis una desposada á quien obsequien sus amigos con alhajas, y luego una señora casada que necesite toda clase de adornos. Y para cuando llegue ese caso, ¿por qué no habéis de dar preferencia á los de este amable joven, en vez de aceptar los de otro artífice cualquiera que no valdrá seguramente tanto como él?

Colomba sufría un verdadero suplicio; Ascanio, á quien no alegraban ni mucho menos los pronósticos de la dueña, lo advirtió y acudió en socorro de la pobre niña, para la cual había de ser menos embarazosa una conversación directa que aquel monólogo con intérprete.

—Señorita—la dijo—, no me neguéis la gracia de permitirme que os traiga alguno de mis trabajos. Ahora creo que los he hecho todos pensando en vos y para vos. No lo dudéis: nosotros los artífices mezclamos á veces nuestros pensamientos con el oro, la plata y las piedras preciosas. En esas diademas que coronan vuestras cabezas; en esos brazaletes que aprisionan vuestros brazos; en esos collares que acarician vuestro cuello; en esas flores, en esos pájaros, en esos ángeles, en esas quimeras que hacéis temblar pendientes de vuestras lindas orejas, encerramos para vosotras las más respetuosas adoraciones.

En cumplimiento de nuestro deber de historiado-

res, hemos de consignar que aquellas dulces palabras ensanchaban el corazón de Colomba; Ascanio, que había permanecido mudo durante tanto tiempo para ella, hablaba al fin, y lo hacía como ella soñaba que debía hacerlo, pues aun sin levantar los ojos sentía Colomba el rayo ardiente de sus pupilas, fijo en su rostro. Hasta el acento extranjero de la voz del joven, prestaba un encanto más á aquellas frases nuevas y desconocidas para Colomba, dando un acento irresistible á aquel lenguaje fácil y armonioso del amor, que las jóvenes comprenden antes de hablarlo.

—De sobra sé—continuó Ascanio con los ojos fijos en Colomba—que en nada aumentamos vuestra belleza. No se hace á Dios más rico porque se adorne su altar. Pero rodeamos vuestras gracias de todo lo que como ellas es suave y bello, y cuando, pobres y humildes obreros de encantamientos y de esplendores, os vemos desde las profundidades de nuestra sombra pasar entre los reflejos de vuestra luz, nos consolamos de estar tan abajo, pensando que nuestro arte os eleva más todavía.

—¡Oh! ¡caballero! esas bellas cosas de que me habláis, serán siempre extrañas, ó por lo menos inútiles para mí; yo vivo en el aislamiento, en la obscuridad, y lejos de pesarme la obscuridad y el aislamiento, confieso que me gustan y que quisiera permanecer en ellos siempre. Y sin embargo, confieso que quisiera ver vuestras alhajas, no por mí, sino por verlas; no para ponérmelas, sino para admirarlas.

Temerosa de haber hablado con exceso y de exponerse á hablar más todavía, Colomba, al terminar estas palabras, saludó con una reverencia y fuese con tal precipitación, que para cualquier hombre experimentado hubiera tenido aquello todos los caracteres de una fuga.

—¡Gracias á Dios!—dijo la dueña—. Ya empieza á reconciliarse con la coquetería. Cierta es, joven, que habláis como un libro. Es cosa de creer que en vuestro país existen secretos para encantar, y la prueba es que me habéis conquistado á mí de primera intención, y me tenéis á vuestro servicio. Hasta la vista, pues, y decid á vuestro maestro que esté con cuidado. Advertidle que el señor de Estourville es fuerte y poderoso, y decidle que si admite un buen consejo, renuncie á venir á ocupar el palacio de Nesle y sobre todo á ocuparlo á la fuerza. En cuanto á vos, ya os volveremos á ver, ¿no es cierto? Sobre todo, no creáis á Colomba: sólo por la herencia de su difunta madre, es más rica de lo que hace falta para permitirse caprichos y lujos más costosos que los de que vos le hablábais. No dejéis de traer al mismo tiempo que las alhajas algunas cosas más modestas y sencillas; tal vez se le ocurra á Colomba hacerme algún regalo, y yo no estoy aún en edad de renunciar á toda coquetería. Estamos de acuerdo, ¿verdad?

Y juzgando que era necesario, para ser mejor comprendida, unir el gesto á la palabra, Perrine apoyó una mano en el brazo del joven, que se estremeció como si despertara sobresaltado. Le parecía, en efecto, que todo había sido un sueño. No se convenía de que estuviera en casa de Colomba y dudaba de que la blanca aparición, cuya voz melodiosa resonaba todavía en su oído, cuya ligera figura

acababa de desvanecerse ante sus ojos, fuese realmente aquella, por una mirada de la cual hubiese dado la vida pocas horas antes.

Entusiasmado con su felicidad y su esperanza en lo porvenir, prometió á Perrine cuanto ella quiso, sin fijarse en lo que prometía. ¡Qué le importaba! ¿No estaba dispuesto á dar cuanto poseía con tal de volver á ver á Colomba?

Luego pensó que si prolongaba su visita parecería inconveniente, y se despidió de la dueña, prometiéndola volver al otro día.

Al salir del palacete se encontró Ascanio cara á cara con dos hombres que iban á entrar. Por el modo de mirarle de uno de ellos, más aún que por su traje, comprendió que debía ser el preboste. Sus suposiciones se convirtieron en certeza, cuando vió que aquellos dos hombres llamaban á la misma puerta por donde él acababa de salir, y entonces sintió no haberse marchado antes, porque temía que su imprudencia recayera en forma de castigo sobre Colomba.

Para quitar toda apariencia de importancia á su visita, suponiendo que el preboste hubiera parado la atención en ella, se alejó Ascanio sin volver la cabeza hacia aquel rincón del mundo, del cual hubiera deseado ser rey en aquel momento.

Al regresar al taller, encontró á Benvenuto muy preocupado. Aquel hombre que los había detenido en la calle era Primaticcio, y como buen compañero de Cellini acudía á prevenirle de que, durante la visita que le había hecho el rey por la mañana, había sido el orfebre tan imprudente que había convertido en enemiga mortal suya á la duquesa de Etampes.

VII

UN PROMETIDO Y UN AMIGO

Uno de los dos hombres que entraban en el palacio de Nesle cuando Ascanio salía, era efectivamente Roberto de Estourville, preboste de París. El otro ahora sabremos quién era.

Cinco minutos después de marcharse Ascanio, y cuando aún Colomba permanecía en pie en su habitación con el oído atento y pensativa, entró la señora Perrine precipitadamente, anunciando á la joven que la esperaba su padre en la estancia próxima.

—¡Mi padre!—exclamó Colomba asustada. Y luego añadió en voz baja: ¡Dios mío! ¿Le habrá visto?

—Sí, vuestro padre—contestó la señora Perrine, que sólo había oído las primeras palabras de Colomba—. Con él viene un señor anciano á quien no conozco.

—¡Un señor anciano!—exclamó Colomba estremeciéndose instintivamente—. ¿Qué pasará, señora Perrine? Es la primera vez desde hace dos ó tres años que mi padre no viene solo.

Como á pesar de su temor, Colomba no tenía más remedio que obedecer y conocía el carácter impaciente de su padre, echó mano de todo su valor y

volvió á la estancia de donde acababa de salir, con la sonrisa en los labios; pues, á pesar del temor que experimentaba, quería á su padre muy sinceramente, pues no obstante las limitadas expansiones de éste respecto á ella, los días que la visitaba le parecían á Colomba días de fiesta.

Adelantóse la muchacha con los brazos tendidos y los labios entreabiertos, pero Roberto de Estourville no la dejó tiempo de hablar ni de darle un abrazo siquiera; la cogió de la mano, y acercándose con ella á su acompañante, que permanecía apoyado en la chimenea, dijo:

—Querido amigo, te presento á mi hija.—Luego, dirigiéndose á ésta, añadió:—Colomba, aquí tienes al conde de Orbec, tesorero del rey y tu futuro esposo.

Colomba dejó escapar un grito que ahogó en seguida al sentimiento de las conveniencias; pero sintió que sus rodillas flaqueaban y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla.

Su alarma era justificada. Para comprender, so-



Colomba dejó escapar un grito.

bre todo en el estado de ánimo en que se encontraba Colomba, todo lo que tenía de terrible aquella inesperada presentación, era preciso saber quién era el conde de Orbec.

Roberto de Estourville, el padre de Colomba, no era ciertamente un hombre hermoso; había en sus espesas cejas, que fruncía al menor obstáculo físico ó moral que se le opusiera, algo que prevenía en contra suya; pero al lado del conde de Orbec, parecía el preboste San Miguel Arcángel junto al dragón. Su cabeza cuadrada, de rasgos muy acentuados, expresaba la resolución y la fuerza; y sus ojos, pequeños y vivos, indicaban la inteligencia; pero el conde de Orbec, alto, débil, delgado, con largos brazos de araña, vocecita de mosquito y torpeza de caracol, era no solamente feo, sino horroroso; su fealdad expresaba á un tiempo la estupidez y la maldad. Su cabeza, siempre caída é inclinada sobre un hombro, tenía una sonrisa vil y una mirada traidora.